

La UNIÓN del PUEBLO

INFORMACIÓN INDEPENDIENTE Y DEBATE POLÍTICO

ÓRGANO OFICIAL DEL PARTIDO DEL
TRABAJO UNIFICADO (PTU)

Nº.67
julio de 2026

¿Es Gabriel Rufián la
esperanza de la izquierda?

**REABRIR EL GRAN
DEBATE SOBRE LA
TRANSICIÓN AL
SOCIALISMO**

**CRISIS DEL CAPITALISMO
OCCIDENTAL Y
LA LLAMADA
MULTIPOLARIDAD.**

**DEMOCRACIA VS
NEOFASCISMO**

LA UNIÓN DEL PUEBLO®

Nº.Registro:

REGAGE23s00006795267

Dirección y realización:

Félix Díez Santos

Directora adjunta:

Alba Pons

Asesora periodista:

Olga Bohera

Jefe de Redacción:

Feldeu

- Diseño:
- Agitación y propaganda
- Publicación:
- Comité Ejecutivo del Partido del Trabajo Unificado (PTU)
- Maquetación:
- Equipo de la Unión del Pueblo
- Edita:
- Comité Central del Partido del Trabajo Unificado (PTU)
- Redacción:
- José Avilés, Manuel Sogas, Lluís Ciprés, Hipólita Arjona, Olga, Antolín Pulido

✕ redaccion@launiondelpueblo.es
✕ www.launiondelpueblo.es
✕ 620 06 15 03 / 744 48 80 96

<https://www.facebook.com>

<https://www.instagram.com>

<https://twitter.com>

<https://youtube.com>

Sumario número 67

- 3 | Actualización de estilo**
Por Félix Díez, director de LUDP
- 6 | Crisis del capitalismo occidental y la llamada multipolaridad.**
Por Pepe Pencho
- 9 | Democracia VS neofascismo**
Por José Avilés
- 12 | El fetiche del mundo multipolar.**
Juan Pencho
- 15 | ¿Es Gabriel Rufián la esperanza de la izquierda?**
Por Josefo Camoto
- 18 | La ternura y el fusil: la revolución sandinista tiene rostro de mujer**
Por Geraldina Colotti.
- 20 | ¿Está agotado el ciclo de la izquierda posideológica en Europa?**
Por Josefo Camoto
- 26 | Inmigración, capital y lucha ideológica en el neoliberalismo actual.**
Por Alberto Álvarez Franco
- 32 | Algunas cuestiones preocupantes**
Por Xilef Zeid
- 35 | La división del comunismo internacional en el siglo XXI**
Por Roque Álvarez
- 39 | Las contradicciones principales cambian**
Por Zache.
- 43 | Reabrir el Gran Debate sobre la transición al socialismo.**
Por José Avilés.



Para ir al artículo, haz clic en el título

EDITORIAL

ACTUALIZACIÓN DE ESTILO

Por Félix Díez, director de LUDP



Durante los últimos meses —desde finales de mayo y a lo largo de junio y julio— hemos estado trabajando a destajo para dotar de una nueva identidad visual a la plataforma digital de La UNIÓN del PUEBLO. Debido a estas labores de desarrollo, nuestros contenidos han permanecido temporalmente inaccesibles. Por este motivo, queremos pedir nuestras más sinceras disculpas tanto a los colaboradores como a los lectores.

Esta remodelación era un paso completamente necesario que quedará de manifiesto nada más abrir la página. Nuestro objetivo ha sido doble: lograr un diseño lo suficientemente atractivo y moderno, y

garantizar, al mismo tiempo, un posicionamiento óptimo en los motores de búsqueda y el SEO de Google. El sitio anterior, además de contar con una estética algo anticuada y carecer de flexibilidad para programarlo a nuestro gusto, se había convertido en un mero lector de PDFs. Esta estructura resultaba poco eficiente y restaba dinamismo a la experiencia de lectura de nuestra revista.

LAS CLAVES DEL NUEVO DISEÑO

¿En qué han consistido exactamente estas mejoras?



Principalmente, en facilitar la interacción dentro de la revista. Hemos implementado un sumario dinámico —similar al de nuestro PDF interactivo— que permite saltar directamente al artículo que se desee consultar. Este índice desemboca en un directorio estructurado en una cuadrícula de tres columnas por filas configurables, donde se ofrece un resumen de cada pieza y un botón de acceso al texto completo.

Además de los evidentes avances estéticos, hemos automatizado los procesos internos de edición, lo que agilizará enormemente la integración del PDF con el entorno web.

Todas estas reformas van encaminadas a consolidar una mayor presencia en internet, facilitando la difusión de nuestro análisis sobre la actualidad nacional e internacional, sin descuidar secciones fundamentales como la cultura o la formación.

Esperamos de corazón que este intenso trabajo haya valido la pena y contribuya a que la comunidad de lectores interactúe de forma mucho más ágil y enriquecedora con La UNIÓN del PUEBLO.

Pero no solamente hemos procurado, tendrán que ser nuestros lectores quienes digan que lo hemos conseguido, una web más moderna y dinámica, sino también una revista en pdf más proporcionada y con algunas pautas que realzan lo realmente importantew.

Al mismo tiempo estamos trabajando para unificar La UNIÓN del PUEBLO y el Partido del Trabajo Unificado (PTU) para poder gestionarla desde un mismo lugar y tener a nuestros lectores, simpatizantes y amigos al día de estos cambios, que pensamos redundarán en la difusión de la revista y un buen lugar en cuanto a revistas independientes, comprometidas y combativas.

Un saludo,

FDS

LA UNIÓN DEL PUEBLO

«La UNIÓN del PUEBLO no se responsabiliza de los artículos firmados. Aunque todos los textos respetan nuestros principios editoriales, las opiniones concretas son responsabilidad exclusiva de sus autores»



Lee, colabora y difunde
LA UNIÓN DEL PUEBLO

DEBATE

CRISIS DEL CAPITALISMO OCCIDENTAL Y LA LLAMADA MULTIPOLARIDAD.

Por Pepe Pencho



La división actual del movimiento comunista internacional en torno a la guerra de Ucrania no puede comprenderse únicamente a partir de las categorías heredadas de la Primera Guerra Mundial ni mediante una simple traslación mecánica de las tesis leninistas clásicas sobre el imperialismo. Detrás de las diferentes posiciones existe una discusión mucho más profunda acerca del momento histórico que atraviesa el capitalismo dominante mundial y sobre cuál es la contradicción principal de nuestra época.

Desde esta perspectiva, la cuestión central no sería solamente la existencia de varios imperialismos en competencia, sino la crisis del conjunto del capitalismo atlántico.

Durante décadas, el capitalismo occidental fue ca-

paz de ofrecer a amplios sectores de la población mejoras constantes en el nivel de vida, expansión del consumo, acceso a la vivienda, sistemas públicos de educación y sanidad y una relativa estabilidad laboral. Aquella capacidad de integración social permitió consolidar un amplio consenso político y neutralizar parcialmente las alternativas revolucionarias.

Sin embargo, desde hace décadas comienzan a aparecer síntomas de agotamiento estructural, que se salvó momentáneamente recurriendo al endeudamiento masivo de poblaciones y Estados.

Pero finalmente se ha hecho visible que las nuevas generaciones acceden más tarde a la vivienda, soportan mayores niveles de precariedad, acumulan menores expectativas de mejora social y con-

templan cómo derechos y conquistas que parecían irreversibles comienzan lentamente a deteriorarse.

Por primera vez desde hace generaciones, amplios sectores sociales empiezan a asumir como posibilidad real que sus hijos vivirán -o viven ya-, peor que las generaciones anteriores y ellos mismos.

Desde esta interpretación, el problema no sería una mala gestión política del sistema sino la progresiva dificultad del capitalismo occidental para seguir expandiendo indefinidamente el bienestar material sobre el que construyó buena parte de su legitimidad social a partir de la segunda guerra mundial XX.

El propio desarrollo tecnológico -impulsado por el mismo capitalismo- contribuye a profundizar ese agotamiento.

La automatización, la robotización y especialmente la inteligencia artificial aumentan extraordinariamente la capacidad productiva de las economías desarrolladas, pero al mismo tiempo reducen progresivamente la necesidad de trabajo humano necesario para producir bienes y servicios.



El capitalismo necesita simultáneamente disminuir costes laborales y mantener consumidores con capacidad adquisitiva suficiente para absorber la producción generada.

Cuanto más éxito obtiene el sistema en sustituir trabajo humano por tecnología, más tensiones aparecen sobre sus propios mecanismos de funcionamiento.

Desde esta óptica, el capitalismo occidental comenzaría a enfrentarse a contradicciones derivadas precisamente de su propio éxito productivo.

Se trata de una especie de muerte por el desarrollo de unas fuerzas productivas atrapadas en las desiguales relaciones económicas y sociales existentes. Desiguales relaciones económicas y sociales que a la vez han sido el motor del desarrollo occidental.

Algunos autores marxistas han comparado este fenómeno con las crisis que motivaron la decadencia de otros grandes sistemas políticos y económicos, aunque naturalmente las diferencias históricas entre épocas son enormes.

A ese desarrollo de sus contradicciones internas del capitalismo es a la que la mayoría del movimiento comunista internacional atribuye el creciente militarismo norteamericano y europeo occidental.

El aumento del gasto militar, el rearme europeo y la intensificación de las tensiones geopolíticas no serían únicamente respuestas defensivas frente a amenazas externas concretas, sino también mecanismos económico-militares destinados a preservar una posición dominante en un sistema internacional cada vez más disputado.

La industria militar, las tecnologías estratégicas, el control energético, las materias primas críticas y las rutas comerciales adquieren así una importancia creciente dentro de economías cuyos márgenes de expansión interna parecen cada vez más limitados.

Desde esta perspectiva se interpreta igualmente la política de contención hacia la República Popular China cuyos expectativas de crecimiento parece no haberse agotado.

La cuestión no residiría tanto en la naturaleza política del sistema chino como en la aparición de un competidor capaz de disputar el liderazgo económico, tecnológico e industrial alcanzado por Occidente durante más de dos siglos.

Incluso aceptando que China funcione actualmente mediante amplios mecanismos de mercado y acumulación capitalista controlada por el Estado, numerosos analistas consideran que sus posibilidades de crecimiento económico están lejos de agotarse.

En China la urbanización continúa avanzando, el consumo interno sigue expandiéndose, la modernización tecnológica mantiene ritmos elevados y el Estado conserva instrumentos de planificación económica no aplicados en la mayoría de econo-



mías occidentales.

Independientemente de su adhesión ideológica formal al socialismo, lo mismo podría afirmarse con respecto a algunas economías asiáticas emergentes.

Mientras en Occidente predominan los debates sobre estancamiento, envejecimiento demográfico y sostenibilidad de los sistemas sociales, China todavía dispone de un amplio margen para mantener un elevado ritmo de crecimiento, debido a que persisten extensas regiones y cientos de millones de personas cuyo nivel de desarrollo económico permanece muy por debajo del alcanzado por las zonas costeras más industrializadas. El proceso de incorporación de esa población a niveles superiores de renta y productividad dista aún de haberse agotado.

Desde esta interpretación, el centro de gravedad económico mundial estaría desplazándose hacia Oriente.

La cuestión que divide actualmente al movimiento comunista internacional consiste precisamente en determinar las consecuencias políticas de este proceso.

Para gran parte de los analistas –comunistas o no– coinciden en que la crisis de la hegemonía occidental y el surgimiento de un mundo multipolar constituyen el fenómeno decisivo de nuestra época y cualquier debilitamiento del bloque atlántico abre objetivamente mayores espacios para el desarrollo de proyectos políticos alternativos puesto que las bases materiales para construir el socialismo están ya creadas en los países capitalistas avanzados, a pesar de que las condiciones subjetivas (predisposición contra el sistema) son más frecuentes en los países más atrasados.

Ninguna de las divisiones actuales del movimiento comunista pueda entenderse sin tener en cuenta este debate de fondo: si asistimos simplemente a una nueva competencia entre imperialismos o si nos encontramos ante una transición histórica mucho más profunda, marcada por el agotamiento del capitalismo occidental y por el desplazamiento del dinamismo económico mundial hacia Asia. ■

REFLEXIÓN

DEMOCRACIA VS NEOFASCISMO

Por José Avilés

¿DISPUTA ENTRE DOS MODELOS DE GESTIÓN DEL MISMO SISTEMA CAPITALISTA?



¿Democracia VS neofascismo o disputa entre dos modelos de gestión del mismo sistema capitalista?

Por José Avilés

En gran parte de Europa occidental, América Latina y otras regiones del mundo se ha instalado la idea de que asistimos a una gran confrontación histórica entre democracia y fascismo. Los medios de comunicación, los partidos políticos y buena parte de los intelectuales presentan la situación política actual como una reedición, de la lucha que enfrentó a las democracias liberales con los fascismos europeos en el pasado siglo.

Sin embargo, una mirada más detenida permite plantear una interpretación distinta. Más que una pugna entre sistemas económicos y sociales opuestos, lo que se desarrolla es una disputa entre dos formas diferentes de gestionar un mismo mo-

delo económico de capitalismo neoliberal.

Ambas propuestas comparten la aceptación de los fundamentos del sistema económico vigente: la propiedad privada de los grandes medios de producción, la centralidad del beneficio empresarial y la subordinación de las políticas públicas a las exigencias de los mercados financieros y la rentabilidad del capital. En el ámbito económico las diferencias aparecen principalmente, en los ritmos, las prioridades y la velocidad con la que deben aplicarse los ajustes sociales y las reformas destinadas a preservar unas tasas de beneficio consideradas aceptables por las élites económicas.

Sin embargo, esta coincidencia económica se encuentra revestida por dos grandes construcciones ideológicas.

Por un lado, se sitúan las fuerzas que ponen el acento en la defensa de la democracia liberal y de

los derechos civiles. Estas corrientes se presentan como defensoras de la igualdad entre hombres y mujeres, de los derechos del colectivo LGTBIQ+, de la lucha contra el racismo y la xenofobia, de la protección del medio ambiente y de otras reivindicaciones democráticas que, en términos generales, pueden coexistir perfectamente con la economía capitalista, ser absorbidas e integradas por ella e incluso convertirse en su principal pilar ideológico.

Frente a ellas emerge una nueva derecha radical que, en ocasiones, adopta simbologías, referencias culturales o discursos que recuerdan exteriormente a determinados elementos de los fascismos europeos de los años veinte y treinta del siglo pasado. Esta corriente se caracteriza por su oposición a las políticas de igualdad, en su mayor parte al movimiento feminista, algunas al derecho al aborto, la mayoría a las reivindicaciones del colectivo LGTBIQ+ y unánimemente a las políticas migratorias abiertas. Al mismo tiempo, reivindica las tradiciones nacionales, utiliza referencias religiosas como elementos identitarios y desarrolla un discurso fuertemente patriótico.



No obstante, este patriotismo convive frecuentemente con un alineamiento internacional con las estrategias militares y geopolíticas impulsadas por las grandes potencias occidentales y, especialmente, se caracteriza por el servilismo ante Estados Unidos. El servilismo resulta especialmente infame cuando se envuelve en la bandera del pa-

triotismo y, al mismo tiempo dobla la cerviz ante intereses ajenos.

En el terreno económico, -al contrario que los fascismos del siglo XX- estas nuevas derechas suelen defender posiciones incluso más liberalizadoras que las de los sectores tradicionales neoliberales: no a la intervención del Estado en economía, libre inversión y circulación de capitales extranjeros, reducción del gasto público, disminución de impuestos, privatizaciones, servicios públicos imprescindibles gestionadas por empresas privadas y debilitamiento de los sistemas públicos de protección social. La promesa es conocida, según ellos, una mayor libertad económica y beneficios empresariales generará crecimiento, inversión y empleo para todos.

Desde esta perspectiva, es exagerada la identificación automática entre las nuevas ultraderechas con los fascismos clásicos del siglo XX. Los regímenes fascistas históricos hacían gala de fuerte intervencionismo estatal en la economía y subordinación del capital privado a los objetivos del Estado; aunque en la práctica empresas privadas como

Siemens, BMW, Daimler-Benz, BASF o Bayer en Alemania, o la Fiat, y Alfa-Romeo en Italia; entre otras muchas, fueron muy protegidas por los fascismos. Por el contrario, los -por llamarlos de alguna forma- neofascistas defienden abiertamente políticas económicas liberalizadoras, y una reducción del papel del Estado en la economía.

Esto no significa negar -por nuestra parte- la existencia de riesgos para libertades ya asentadas en el capitalismo liberal ni ignorar posibles retrocesos democráticos donde esta ultraderecha alcanza o influye en el poder político. Pero tampoco parece sufi-

ciente explicar la complejidad política actual recurriendo miméticamente a paralelismos históricos o a comparaciones con los años treinta, para explicar la pelea entre ambos equipos ideológicos por conseguir el rentable empleo de gestor de unos mismos intereses capitalistas, o la preponderancia de una parte de ellos sobre otros.



Pero mantenimiento formal, la restricción e incluso la supresión de la democracia tiene una relación directa con el fenómeno que definirá el siglo XXI: el desarrollo tecnológico y, particularmente, la expansión de la inteligencia artificial y la automatización.

Si las máquinas y los algoritmos son capaces de realizar una parte creciente del trabajo humano, la cuestión fundamental ya no será cómo aumentar indefinidamente la producción, sino cómo repartir los bienes y servicios generados por esa producción cada vez menos dependiente del trabajo humano. Como mínimo, en lo inmediato se crean las condiciones para reducir la jornada de trabajo, tumba la teoría de que las pensiones están en peligro por el aumento de pensionistas, y muestra que irracionales a la vez que interesadas- son las afir-

maciones de que la riqueza social destinada a sanidad, educación y protección social no la podrán mantener los Estados en el futuro.

Paradójicamente, una tecnología capaz de reducir drásticamente el tiempo de trabajo necesario para satisfacer las necesidades materiales de la sociedad puede terminar utilizándose para aumentar la precariedad, la desigualdad, ampliando la brecha social y la concentración de riqueza si se mantiene intacta la lógica económica actual. Y como consecuencia, los retrocesos democráticos en ciernes sean cual sea el modelo ideológico utilizado para la persistencia del capitalismo.

Todo depende de que clase social tiene el poder político y por ende el económico. ■

¡COLABORA CON LA UNIÓN DEL PUEBLO!

Este proyecto lo construimos entre todas y todos. Tu voz, tus análisis y tu apoyo son imprescindibles para el pensamiento crítico y la acción social.

✉ redaccion@launiondelpueblo.es

🌐 <https://www.launiondelpueblo.es>

OPINIÓN

EL FETICHE DEL MUNDO MULTIPOLAR.

Juan Pencho



En amplios sectores del campo anti-imperialista internacional se ha instalado en los últimos años una idea que parece haberse convertido en una verdad indiscutible: la aparición de un mundo multipolar constituiría por sí misma una garantía de paz, justicia internacional y progreso para los pueblos.

La pérdida de hegemonía relativa de Estados Unidos y del bloque occidental es presentada casi como una solución universal a los problemas del planeta. El ascenso de nuevas potencias económicas es recibido con entusiasmo por amplios sectores de la izquierda y del llamado movimiento anti-imperialista, hasta el punto de que en ocasiones la defensa de la multipolaridad ha terminado sustituyendo a cualquier otro análisis de carácter social o económico.

Sin embargo, conviene preguntarse si la existencia de varios centros de poder constituye realmente una garantía de paz y progreso, o si estamos ante un nuevo fetiche político.

Es indudable que el debilitamiento de la hegemonía estadounidense puede abrir espacios para una mayor autonomía de numerosos países y reducir la capacidad de intervención unilateral que Washington ha ejercido durante décadas en distintas regiones del mundo. Desde esta perspectiva, resulta comprensible que muchos pueblos vean positivamente la erosión del orden internacional surgido tras la caída del bloque de países socialistas europeos a principios de los noventa del siglo pasado.

Pero una cosa es considerar positiva la pérdida de la posición hegemónica de una potencia concre-

ta como EEUU y otra muy distinta identificar automáticamente el surgimiento de varios polos de poder con la solución de los problemas fundamentales de la humanidad.

La historia ofrece abundantes ejemplos que invita a poner en duda tal razonamiento.

El mundo anterior a 1914 era profundamente multipolar. Varias grandes potencias competían entre sí por mercados, materias primas, colonias y áreas de influencia. Precisamente aquella competencia desembocó en la Primera Guerra Mundial.

La existencia de varios centros de poder no evitó el conflicto; por el contrario, constituyó uno de los elementos que contribuyeron a desencadenarlo.

Desde una perspectiva marxista, el problema fundamental no reside en el número de potencias existentes, sino en la naturaleza de las relaciones económicas y sociales internas que determinan la política exterior de los Estados.

En el capitalismo los Estados no actúan como sujetos abstractos guiados exclusivamente por intereses nacionales permanentes o por principios morales universales. Su actuación internacional se encuentra profundamente condicionada por los intereses económicos y estratégicos de las clases dominantes existentes en cada sociedad y por las

necesidades derivadas del propio proceso de acumulación de capital.

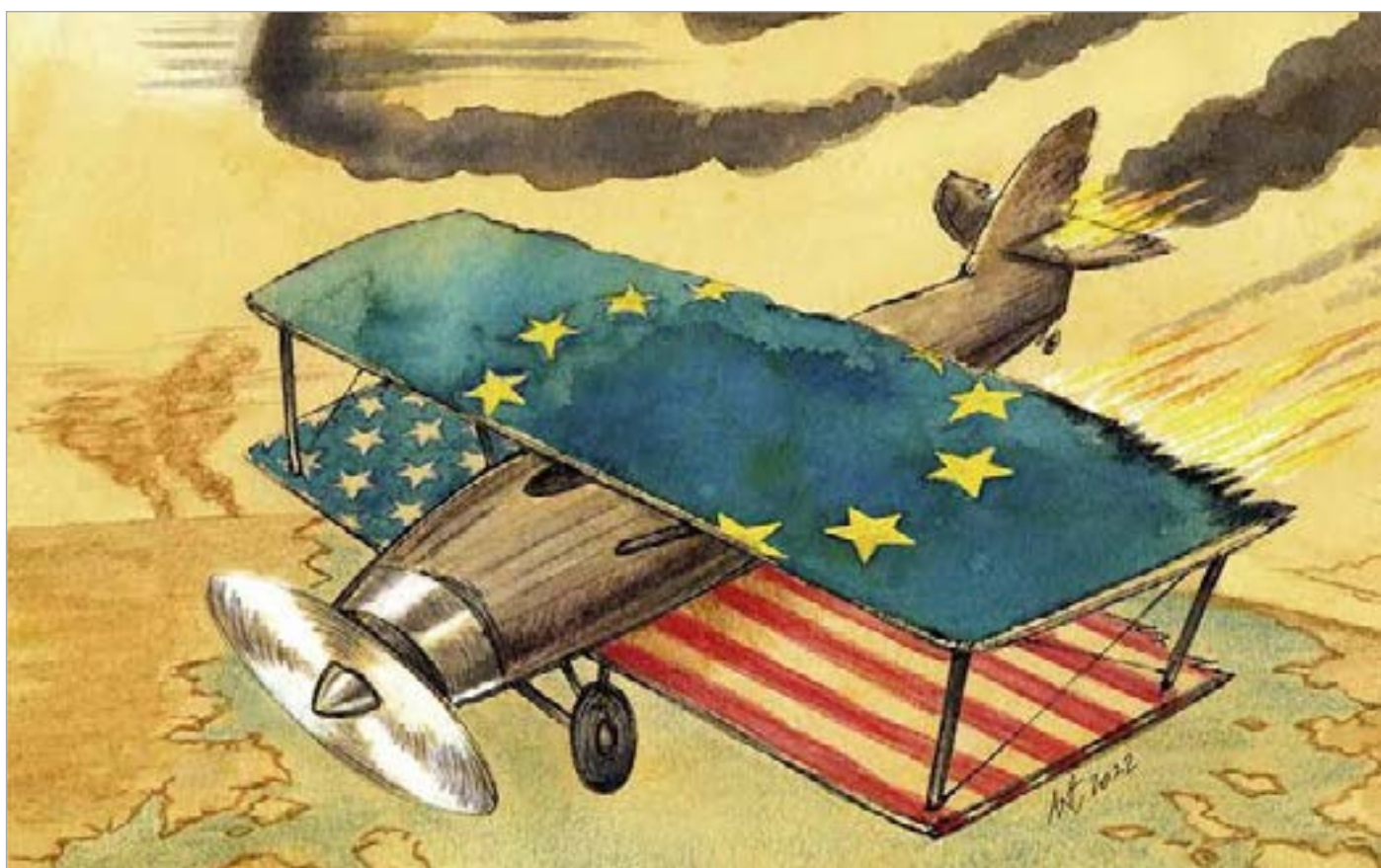
Mientras predominen relaciones capitalistas de producción, la competencia por mercados, recursos naturales, inversiones, rutas comerciales o posiciones estratégicas tenderán a reproducirse bajo formas diversas.

Las guerras, los conflictos y las rivalidades geopolíticas no son simplemente el resultado de errores de determinados dirigentes ni de decisiones políticas equivocadas, sino que forman parte de las tendencias que genera el propio desarrollo capitalista.

Por ello, un mundo multipolar capitalista desembocará en conflictos y nuevas formas de imperialismo.

Puede ser menos hegemónico, más equilibrado o incluso ofrecer mayores márgenes de maniobra a determinados países periféricos, pero continúa conteniendo en su interior las mismas tendencias hacia la competencia económica y la rivalidad estratégica.

Confundir el debilitamiento de una potencia dominante con la desaparición de las causas profundas de los conflictos internacionales supone sustituir el análisis materialista por una nueva forma de



idealismo geopolítico.

En ocasiones parece asumirse implícitamente que cualquier Estado enfrentado a Estados Unidos actúa automáticamente en favor de la paz o de los intereses de los pueblos del mundo. Sin embargo, la política exterior de cualquier país dependerá en última instancia de la estructura económica y social existente en su interior y de los intereses materiales de quienes ejercen el poder efectivo. Intereses que a la vez no son autónomos, sino que también están condicionados por el contexto externo y la relación de fuerzas internas..

El problema no es simplemente quién ocupa la posición dominante en el sistema internacional, sino qué intereses sociales y económicos impulsan la actuación de los distintos Estados y cuales son sus condicionantes.

La multipolaridad puede modificar el equilibrio

internacional y puede incluso reducir determinadas formas de dominación unipolar. Pero no constituye una garantía automática de paz, cooperación o justicia social.

Convertir la multipluralidad en un objetivo en sí mismo equivale a atribuirle propiedades casi mágicas que no posee, si no se tiene en cuenta la existencia de clases sociales con contradicciones irreconciliables dentro de cada Estado.

La verdadera discusión no debería centrarse únicamente en cuántos polos existen en el mundo, sino en qué tipo de relaciones económicas y sociales gobiernan esos polos y qué dinámicas de confrontación interna generan inevitablemente dichas relaciones. El apoyo al Iran de los ayatolas contra Estados Unidos e Israel, no debe impedir que también se apoye al Tudeh para acabar con el régimen de los ayatolas.

El Partido Tudeh de Irán condenó los ataques de Israel y de Estados Unidos contra Irán y defendió la soberanía nacional, al mismo tiempo que siguió denunciando el carácter represivo de la República Islámica y rechazando cualquier intervención extranjera para provocar un cambio de régimen, pero eso no ha hecho que se reduzca la represión contra los comunistas en Irán. Porque a fin de cuentas, lo que se juega son los intereses de la clase dominante en Irán.

Desde la perspectiva del régimen iraní, el Tudeh sigue siendo un adversario ideológico. El hecho de que condene una agresión extranjera no implica que deje de cuestionar el sistema político de la República Islámica.

El aparato de seguridad iraní tiende a desconfiar de cualquier organización independiente con capacidad de movilización, incluso cuando adopta una posición patriótica frente a un conflicto exterior.

Históricamente, el régimen ha distinguido poco entre los distintos sectores de la oposición cuando considera que existe un riesgo para su estabilidad. De hecho, el propio Tudeh ha denunciado durante este período nuevas detenciones de activistas políticos y la continuación de la represión, lo que indica que no se percibe ningún cambio de actitud por parte del régimen en relación a la oposición, y menos si de comunistas se trata. ■



ACTUALIDAD

¿ES GABRIEL RUFIÁN LA ESPERANZA DE LA IZQUIERDA?

Por Josefo Camoto



La confrontación entre los grandes bloques políticos ha adquirido formas cada vez más agresivas y judicializadas. Las acusaciones cruzadas entre derecha e izquierda, los escándalos, las investigaciones y las campañas mediáticas se suceden de manera casi permanente. Cada bloque se presenta como guardián y garantía de intereses y valores patrios, mientras dibuja al adversario como una amenaza existencial para ellos.

En este contexto, buena parte de la izquierda situada a la izquierda de la socialdemocracia ha centrado gran parte de su discurso en la denuncia del peligro del fascismo y de la extrema de-

recha, al tiempo que acusa a los gobiernos socialistas de favorecer indirectamente ese avance mediante políticas tibias en razón a su vínculos con los grandes capitales..

Sin embargo, esa misma izquierda aparece fragmentada, dividida por personalismos, estrategias electorales y rivalidades organizativas que dificultan la construcción de una alternativa ideológicamente estable y con un horizonte fácilmente reconocible por amplios sectores sociales.

Entre las figuras políticas actuales, algunos sectores pro-

gresistas consideran que determinados dirigentes poseen una capacidad comunicativa y parlamentaria superior a la media y podrían desempeñar un papel relevante en eventuales procesos de reorganización del espacio político de izquierdas. Pero incluso en esos casos, la propuesta dominante continúa siendo, esencialmente, la de gestionar de forma menos agresiva el mismo modelo económico existente, sin cuestionar los fundamentos de su funcionamiento.

Mientras tanto, problemas como el acceso a la vivienda, el deterioro de los servicios públicos, la precarización del empleo, la

subida de los precios y el estancamiento salarial continúan alimentando el descontento social y corroyendo la base social que sostiene cual forma de capitalismo en occidente.

La cuestión central no es quién administra mejor el sistema, sino que el propio sistema es incapaz de ofrecer respuestas satisfactorias a los desafíos del siglo XXI.

La inteligencia artificial, la automatización y el extraordinario aumento de la productividad hacen técnicamente posible producir más bienes y servicios con menos trabajo humano que en cualquier otro momento de la historia. Sin embargo, la organización económica continúa descansando sobre la necesidad de vender fuerza de trabajo para obtener ingresos y acceder a los bienes esenciales.

Esa contradicción será uno de los grandes debates políticos de las próximas décadas.

Tal vez la discusión decisiva ya no sea únicamente entre más

mercado o más Estado, entre progresismo y conservadurismo o entre democracia liberal y nueva derecha, sino entre quienes consideran que el desarrollo tecnológico debe servir para ampliar el bienestar colectivo y quienes –por el contrario– entienden que debe utilizarse principalmente para aumentar la rentabilidad y la acumulación infinita del capital privado.

Mientras esa cuestión permanezca fuera del debate político central, es posible que muchas de las grandes batallas ideológicas de nuestro tiempo no sean más que distintas formas de administrar, justificar, endurecer o suavizar las contradicciones de un mismo modelo económico y social.

Una parte importante del electorado progresista observa con simpatía a Gabriel Rufián. Su capacidad oratoria, su rapidez en el debate parlamentario y su habilidad para traducir cuestiones complejas a un lenguaje accesible le han convertido probablemente en el parlamentario más eficaz de la izquierda española

en términos comunicativos.

Precisamente por ello resulta difícil para muchos ciudadanos de izquierdas comprender las reticencias que Rufián despierta entre determinados sectores políticos y sociales de la izquierda de la izquierda. Muchos antiguos militantes revolucionarios, sindicalistas o simples trabajadores desencantados con la socialdemocracia ven en él la posibilidad de una reunificación del espacio progresista y de una renovación de la izquierda institucional.

Pero la propuesta que, en actual contexto político Rufián encarnaría no constituye una alternativa al capitalismo contemporáneo, sino una propuesta de gestión más humana, más regulada y socialmente menos agresiva del mismo sistema económico. Se trataría, en esencia, de intentar limar las aristas más duras del neoliberalismo sin cuestionar sus fundamentos esenciales. Una vía que ha sido ensayada en los últimos años en Latinoamérica y está siendo aplastada por la ultraderecha filo-fascista en la actualidad.





Pero precisamente ahí aparece la gran contradicción histórica de nuestro tiempo.

Durante buena parte del siglo XX podía pensarse que el objetivo consistía en humanizar el capitalismo mediante salarios crecientes, expansión de los servicios públicos y ampliación del Estado del bienestar; esta tendencia se invirtió a partir de 1980, por causas en la que no podemos detenernos ahora. Sin embargo, el extraordinario desarrollo científico y tecnológico de las últimas décadas plantea un escenario completamente distinto a ambos periodos.

La automatización, la robotización y la inteligencia artificial reducen progresivamente la cantidad de trabajo humano necesario para producir bienes y servicios. El problema histórico ya no parece ser la escasez de capacidad productiva, sino la

forma en que se distribuye una riqueza potencialmente abundante.

En esas condiciones, las propuestas orientadas exclusivamente a mejorar la gestión del sistema corren el riesgo de llegar tarde a problemas que el propio desarrollo tecnológico ha convertido en estructurales. La precariedad laboral, la dificultad de acceso a la vivienda, el deterioro de determinados servicios públicos o los bajos salarios no serían simples errores de gestión corregibles mediante mejores políticas, sino consecuencias de contradicciones más profundas del modelo económico, motivadas por quien controla los medios de producción.

Por ello, el debate político de las próximas décadas probablemente no enfrentará únicamente a neoliberales progresistas y neoliberales conservadores, ni

siquiera a demócratas liberales y nuevas y viejas derechas, sino a quienes continúen buscando soluciones dentro del marco económico existente y quienes consideren necesario discutir el propio marco sobre el que se organiza la producción y el reparto de la riqueza producida.

Desde esta perspectiva, el problema no sería que falten mejores gestores del sistema, sino que quizá el sistema haya comenzado a agotar su capacidad para encajar las posibilidades abiertas por el desarrollo técnico y científico del siglo XXI en sociedades desarrolladas. Una vez más no se trata de gestionar mejor el sistema, sino de acabar con el sistema. Y eso nos conduce inexorablemente a desplazar a la clase dominante del poder político y económico. ■

NICARAGUA.EL ROSTRO DE LA REVOLUCIÓN

LA TERNURA Y EL FUSIL: LA REVOLUCIÓN SANDINISTA TIENE ROSTRO DE MUJER

Por Geraldina Colotti.

Fuente: Resumen Latinoamericano 15 de julio 2026.



rumbo, y trae consigo el olor a tierra mojada, a juventud y a coraje. En primer plano, tendida entre la hierba alta, una muchacha fija la mira de su fusil. Tiene el cabello oscuro, rizado, enmarcando un rostro todavía infantil; sus ojos, limpios y terriblemente serios, miran de frente, más allá del lente, hacia un futuro que entonces estaba todo por conquistar. Detrás de ella, otras compañeras, las muchachas, empuñan las armas con la misma postura orgullosa.

Esta foto no habla de la guerra como un fin, sino de la defensa de la vida como un principio. Habla de una generación de mujeres –correos, enfermeras, militantes, comandantes– que abandonaron el destino doméstico al que la dictadura de Somoza las condenaba para inventar, mochila al hombro, un amanecer de liberación. Eran la columna vertebral del Frente Sandinista de Liberación

Hay una imagen que detiene el tiempo. Viene de las montañas

de Nicaragua, de los años en que la historia decidió cambiar de

Nacional. En sus manos, el fusil no era un instrumento de muer-



te, sino la garantía de que ningún niño nicaragüense volvería a morir de hambre o a quedar en el analfabetismo. Aquella que Julio Cortázar definió, con admirable síntesis, como «la revolución más tierna de la historia», caminaba sobre sus piernas y miraba a través de sus ojos.

Cada 19 de julio, esa misma luz en los ojos de las muchachas se vuelve a encender en las plazas de Managua y en los barrios históricos como Monimbó. Porque la Revolución Sandinista no es una pieza arqueológica para celebrar con nostalgia; es un proceso vivo, una trinchera cotidiana que continúa en el presente.

A pesar de los ataques incesantes, los intentos de asfixia económica, las campañas de desinformación orquestadas por los habituales centros de poder global y los intentos de golpe de Estado silenciosos, Nicaragua defiende hoy con uñas y dientes las conquistas de aquella ruptura histórica.

Lo hace garantizando salud gratuita, una educación que llega hasta las comunidades rurales más aisladas, la soberanía alimentaria y, sobre todo, ese protagonismo femenino que, precisamente a partir de las montañas de 1979, redefinió las relaciones sociales del país. Las hijas y nietas de aquellas guerrilleras hoy lideran cooperativas, hospitales y ministerios, llevando adelante la misma determinación. Tienen los ojos profundos y decididos de la copresidenta Rosario Murillo, quien guía al país sandinista junto al comandante Daniel Ortega.

Pero celebrar el 19 de julio significa también ha-

cer memoria de la justicia negada. Hay una cuestión pendiente que clama venganza ante el derecho internacional: la histórica sentencia de la Corte Internacional de Justicia del 27 de junio de 1986. Hace cuarenta años, La Haya condenó sin apelación a los Estados Unidos por sus actividades militares y paramilitares contra Nicaragua –por el financiamiento de la contra, el minado de los puertos y el embargo ilegal.

La Corte estableció la obligación de Washington de indemnizar materialmen-

te al pueblo nicaragüense por los daños inmensos infligidos a su economía y a su gente. Una reparación multimillonaria que el imperio del Norte siempre se ha negado a pagar, pretendiendo en cambio seguir dando lecciones de democracia a través de nuevas «sanciones» y agresiones unilaterales.

Esa deuda pendiente no es solo una cifra económica; es el símbolo de una impunidad imperial que el Sur global no olvida. Reivindicar esa indemnización hoy no es solo un acto de justicia para Nicaragua, sino una advertencia para la soberanía de todos los pueblos libres.

Miremos de nuevo el rostro de esa joven guerrillera tendida entre la hierba. La suya no es una pose beligerante; es una promesa de lealtad a su propia tierra y a sus propios ideales.

En este 19 de julio celebramos la fuerza de quienes nunca han dejado de creer que al imperio se le puede vencer, que la solidaridad de clase es la única y verdadera moneda de cambio entre los pueblos y que la memoria histórica de las revoluciones es el arma más afilada contra el silencio algorítmico del presente. La revolución continúa, con la misma ternura de entonces y con la determinación de siempre. ¡Patria libre o morir! ■

EUROPA

¿ESTÁ AGOTADO EL CICLO DE LA IZQUIERDA POSIDEOLÓGICA EN EUROPA?

Por Josefo Camoto



Durante los últimos años se ha hablado mucho del ascenso de Podemos en España, Syriza en Grecia, la France Insoumise en Francia o el Bloco de Esquerda en Portugal. Sin embargo, a la altura del año 2026 habría que preguntarse ¿estamos asistiendo al final del ciclo histórico que hizo posible la aparición y desarrollo electoral de esas fuerzas políticas?

Algunos ejemplos en relación con la evolución del voto son especialmente llamativos:

Partido	Máximo aproximado	Situación posterior
Podemos	20,7% (2015)	3-4% actualmente
Movimiento 5 Stelle	32,7% (2018)	15% aproximadamente
Syriza	36,3% (2015)	alrededor del 14% y encuestas inferiores
Die Linke	11,9% (2009)	entre el 5% y el 9% según elecciones y encuestas recientes
Bloco de Esquerda	cerca del 10%	entorno del 4%
La France Insoumise	alrededor del 22% en presi- denciales	Y fuerza mayoritaria en el Frente Popular de 2023 como freno a la extrema derecha



En el caso de Podemos, la evolución es muy evidente:

-2015: 20,7%

-2016: 21,1% en coalición con IU.

-2019: 12,8%.

-2023: el espacio político heredero de Podemos dentro de Sumar obtuvo el 12,3%, mientras que Podemos por separado quedó reducido a 5 parlamentarios. En las últimas encuestas SUMAR tiene una previsión de voto entre el 6% y el 8% y Podemos: entre el 2% y el 3% aproximadamente.

El movimiento 5 Stelle pasó del 32,7% de los votos en 2018 a cifras próximas al 15% tras participar en varios gobiernos de signo muy diferente, desde alianzas con la derecha hasta acuerdos con la centroizquierda.

En Grecia, Syriza alcanzó el 36,3% y gobernó el país durante la crisis de la deuda. Tras aceptar finalmente las condiciones impuestas por las instituciones europeas y aplicar medidas de austeridad que previamente había rechazado, inició un fuerte retroceso electoral hasta situarse en torno al 14% en las elecciones europeas y por debajo de ese porcentaje en algunos sondeos recientes.

En Portugal, el caso del Bloco de Esquerda también resulta significativo:

2019: 9,5% en legislativas.

2022: 4,4%.

Europeas de 2024: 4,34%.

En Francia, el espacio de Jean-Luc Mélenchon ha resistido mejor electoralmente:

Presidenciales de 2012: 11,1%.

Presidenciales de 2017: 19,6%.

Presidenciales de 2022: 21,95%, quedándose muy cerca de pasar a la segunda vuelta.

Sin embargo, incluso allí el crecimiento parece haberse estabilizado y no ha logrado sustituir completamente a la vieja socialdemocracia francesa ni construir una mayoría alternativa du-

radera.

Muchos de estos movimientos surgieron prometiendo una ruptura con el neoliberalismo y con las élites políticas tradicionales, pero una vez alcanzaron posiciones institucionales importantes, sus propuestas terminaron desplazándose hacia formas políticas de integración en el sistema.

La crisis financiera de 2008 no produjo únicamente una recesión económica de enormes dimensiones. También abrió una profunda crisis de legitimidad de las instituciones políticas surgidas de las democracias liberales occidentales. Millones de ciudadanos comenzaron a percibir que los grandes partidos tradicionales, tanto conservadores como socialdemócratas, aplicaban políticas económicas prácticamente idénticas independientemente de quién ganara las elecciones.

El rescate de entidades financieras mientras se imponían políticas de austeridad, la precarización del empleo, la degradación de los servicios públicos y el aumento de las desigualdades contribuyeron a extender la sensación de que las instituciones democráticas eran en simples mecanismos de gestión de las necesidades del capital.

Fue en ese contexto donde aparecieron formaciones políticas que irrumpieron con enorme fuerza en diversos países europeos. Su éxito se apoyó en buena medida en la denuncia de las élites políticas tradicionales, de la corrupción y del agotamiento del bipartidismo o de los sistemas de partidos existentes.

Sin embargo, uno de los elementos ideológicos más característicos de muchos de estos movimientos fue precisamente la minimización del

papel de las ideologías. Las categorías clásicas de izquierda y derecha fueron presentadas como reliquias del pasado, incapaces de interpretar las nuevas realidades sociales y económicas.

La política debía dejar de organizarse alrededor de grandes proyectos históricos o modelos alternativos de sociedad y pasar a centrarse en la gestión eficiente, la regeneración democrática, la transparencia institucional y la defensa de la ciudadanía frente a las élites políticas y económicas.

El pragmatismo sustituyó en buena medida a la discusión doctrinal.

Las categorías tradicionales de la izquierda (clase obrera, oligarquía, clases populares, clase explotada, burguesía, capitalismo, imperialismo) fueron cediendo espacio a otras más amplias: ciuda-



danía, gente, pueblo, mayoría social, los de arriba y los de abajo.

La comunicación política pasó a ocupar un lugar central.

La conquista de las instituciones dejó de entenderse como una consecuencia del crecimiento de la influencia social para convertirse en el objetivo inmediato en sí mismo

Durante un tiempo, esta estrategia resultó extraordinariamente eficaz. Permitía atraer simultáneamente a antiguos votantes de la izquierda tradicional, a sectores progresistas desencantados, a clases medias empobrecidas e incluso a votantes procedentes del espacio conservador que compar-

rían el rechazo a las viejas estructuras políticas.

Pero aquella aparente fortaleza escondía también una importante debilidad estratégica.

La ausencia de una propuesta definida sobre el tipo de sociedad que se pretendía construir terminaba dejando intactos los fundamentos del sistema económico existente. Si no existe un proyecto alternativo de organización económica y social, la acción política acaba reduciéndose inevitablemente a la búsqueda de la gestión más eficiente, más ética o humana del modelo ya existente. Objetivos, cuyo éxito o fracaso se escapa del control de quienes los proponen, pues dependen mucho del contexto internacional

Precisamente por ello, la llegada de estos movimientos a las instituciones y, posteriormente a los gobiernos, produjo un fenómeno paradójico: cuanto mayor era su presencia institucional, menor resultaba la credibilidad de sus discursos más radicales.

Una vez asumidas responsabilidades de gobierno, las restricciones presupuestarias, las exigencias de los mercados financieros, las normas europeas y las inercias administrativas terminaron imponiendo límites muy estrechos al margen de actuación política.

Lo que inicialmente se había presentado como una alternativa al sistema acabó siendo percibido por amplios sectores sociales como una variante más moderada o social del mismo sistema, pero con frecuencia ineficiente.

El problema no fue la falta de voluntad política de sus dirigentes, sino la ausencia de un horizonte ideológico capaz de orientar la acción institucional hacia transformaciones estructurales.

Cuando se renuncia a discutir el modelo económico y social de fondo, las diferencias terminan desplazándose hacia cuestiones de gestión, de sensibilidad social o de velocidad en la aplicación de las reformas, pero no hacia la construcción de una sociedad diferente.

Por eso muchos de estos movimientos han experimentado importantes retrocesos electorales después de alcanzar posiciones de poder o de influencia institucional.

Aunque por causas diferentes, algo parecido podría señalarse respecto a diversos procesos polí-



Qué está pasando con la izquierda en Europa? - BBC News Mundo

ticos latinoamericanos vinculados a los planteamientos surgidos en torno al Foro de São Paulo. En varios países, fuerzas políticas que llegaron al gobierno impulsando discursos de transformación social y terminaron gestionando economías esencialmente capitalistas, aunque incorporando mayores niveles de redistribución, inversión pública o protección social, que un contexto mundial adverso está revirtiendo.

Es indudable que muchos de estos gobiernos lograron avances importantes en reducción de la pobreza, ampliación de derechos o mejora de determinados indicadores sociales. Sin embargo, también es cierto que en numerosos casos no alteraron de forma sustancial las estructuras de propiedad, las relaciones de poder económico ni la inserción internacional de sus economías.

Mientras el crecimiento económico y el ciclo internacional de materias primas acompañaron, esas limitaciones permanecieron relativamente ocultas. Pero cuando las condiciones económicas se deterioraron o cambiaron o están cambiando las mayorías sociales, muchas de aquellas experiencias comenzaron a perder apoyo electoral o a mostrar importantes dificultades para consolidar proyectos políticos duraderos.

La paradoja es evidente: movimientos nacidos para superar los límites de la democracia liberal terminaron, en numerosos casos, convertidos en gestores de una versión más social del mismo modelo económico cuya crisis había hecho posible su ascenso.

Quizá la principal enseñanza política de las últimas décadas sea precisamente esa: resulta difícil transformar una sociedad cuando previamente se ha renunciado a discutir qué sociedad alternativa se desea construir.

Porque la política puede prescindir temporalmente de las ideologías, pero difícilmente puede prescindir durante mucho tiempo de un horizonte histórico capaz de orientar el sentido de las transformaciones que propone.

¿ESTAMOS EN EL CIERRE DEL CICLO DE LA IZQUIERDA IMPRECISA IDEOLÓGICAMENTE?

No se trata de afirmar que todos estos partidos tengan un origen común. Sería una simplificación. Sus trayectorias son distintas y también lo son las tradiciones políticas de las que proceden. Algunos hunden sus raíces en el eurocomunismo, otros en la nueva izquierda, otros en sectores socialistas, ecologistas, trotskistas o en los movimientos sociales surgidos durante las últimas décadas.

Pero, aun siendo diferentes, todos ellos se consolidaron en un mismo momento histórico. Esa coincidencia difícilmente puede ser casual.

Lo que hoy parece observarse en distintos países europeos no es necesariamente el fracaso de partidos de izquierda imprecisa, sino el agotamiento progresivo del ciclo político que los hizo posible.

Podemos ya no ocupa la posición central que al-

canzó hace una década, Syriza ha dejado de representar la esperanza de transformación que despertó durante la crisis griega, el Bloco de Esquerda ha retrocedido respecto a sus mejores momentos, Die Linke ha atravesado una profunda crisis antes de iniciar una reorganización.

Francia constituye probablemente el caso más singular. La France Insoumise mantiene capacidad de movilización (por lo menos electoral), aunque buena parte de ella parece explicarse por la intensa polarización política y por el avance de la extrema derecha en Francia, circunstancias que convierten el caso francés en un fenómeno parcialmente diferente al de otros países europeos. No obstante, el horizonte de sociedad visualizado por La France Insoumise, sigue siendo el mismo sistema económico y político

Las trayectorias de cada una de estas fuerzas políticas son distintas, pero el marco que permitió su ascenso es similar.

Ahora los problemas persisten, pero ya el clima político que hizo posible el ascenso de esas fuerzas ya no es el mismo.

LA RESPUESTA DE LA IZQUIERDA MARXISTA.



Precisamente cuando ese ciclo parece debilitarse comienzan a reaparecer debates que durante años habían quedado en un segundo plano.

En España, sectores del PCE cuestionan abiertamente la estrategia desarrollada durante los años de colaboración con Unidas Podemos y, posteriormente, con Sumar.

No se trata únicamente de una discusión sobre alianzas electorales.

Se discute el propio paradigma político dominante durante la última década.

Algunos consideran que el abandono de referencias ideológicas fuertes condujo inevitablemente a la adaptación institucional y a la pérdida de identidad.

Otros creen que el problema no fue el pragmatismo, sino su insuficiente desarrollo, y en el caso de Podemos creen firmemente, que la causa de su retroceso es la campaña mediática y judicial que se desató sobre ellos por parte de sectores reaccionarios, sin darse cuenta que también su ascenso no se produjo por arte de magia, sino que fue impulsado por los medios de comunicación en una situación en la que el sistema tenía que sacar como fuera a la gente de la calle para reconducirlas a las instituciones y allí apagar el fuego.

El mantenimiento del Partido Comunista Portugués, la estabilidad ideológica del KKE griego, el creciente arraigo del Partido del Trabajo de Bélgica o el crecimiento experimentado por el Partido Comunista Austriaco conducen a pensar que la izquierda europea está necesitando un proceso de re-ideologización.

¿REPETIR: “VOLVER AL MARXISMO” NO ESTÁ DEMASIADO REPETIDO?

La cuestión quizá no consista en determinar si vuelve o no el marxismo, porque en el fondo su sombra

siempre ha estado presente. Las derechas y especialmente su parte más extrema siempre han llamado “comunista” a todo aquel que quiere mover o reformar un ápice el sistema. En la actualidad



El sector crítico con Enrique Santiago calienta el congreso del PCE de diciembre con una candidatura alternativa | Público

Trump ve comunistas por todas partes.

Lo realmente importante es preguntarse qué ocurre cuando un paradigma político que quiere reformar el capitalismo entra en crisis.

La historia demuestra que, en esos momentos, reaparecen los grandes debates teóricos.

Ahora se vuelve hablar con toda naturalidad de imperialismo, cuando durante décadas una parte de la izquierda evitó esa palabra y su uso quedó reservado a minorías, partidos revolucionarios, o de raíz marxista-leninista.

Se van recuperando conceptos, como trabajadores, clase obrera y clases sociales, que habían sido sustituidos por eufemismos, como los de arriba y abajo, ciudadanía, mayorías sociales, castas etc.

Se reabre el análisis de la naturaleza del capitalismo contemporáneo y su posible derrumbe

Se recupera el debate sobre China, sobre la construcción del socialismo y sobre el papel del Estado en la economía.

Se revisan conceptos que durante años parecían relegados por la política institucional.

Pero una cosa es que reaparezcan los debates y otra muy distinta que la simple recuperación de viejas formulaciones doctrinales sea suficiente para construir un nuevo proyecto político.

Ese puede convertirse en el principal desafío de quienes hoy defienden una reconstrucción ideológica de la izquierda, y más allá de eso, la supresión de las clases sociales

EXISTE EL RIESGO DE SUSTITUIR UN EXCESO POR OTRO.

Si la izquierda posideológica ya nació con vocación de eficacia exclusivamente electoral, una parte de sus críticos podría caer en el error contrario: convertir la doctrina en una repetición mecánica de textos clásicos sin elaborar respuestas nuevas para una realidad que no ha cambiado en su esencia, pero si en la forma que la conocieron los clásicos del marxismo.

La historia no se repite. Tampoco las respuestas pueden hacerlo.

Un debate abierto

Quizá la mayor equivocación consista en pensar que el objeto de análisis de los 12 últimos años es Podemos, y no lo es.

Podemos fue, probablemente, la expresión española de un fenómeno mucho más amplio que atravesó a buena parte de la izquierda europea tras la crisis de 2008.

Si ese paradigma está llegando a su fin, la cuestión decisiva ya no será qué futuro espera a Podemos, a Sumar o a cualquier otra organización concreta implicada en ese campo ideológico, o siendo más preciso, desideológico. La pregunta verdaderamente importante será otra: ¿qué tipo de izquierda emergerá en Europa cuando concluya definitivamente el ciclo político abierto tras la crisis financiera de 2008?

Nadie puede responder todavía a esa pregunta, pero todo apunta a que su reorganización consiste en poner otra vez "en el puesto de mando" la cuestión ideológica marxista-leninista entendida como guía y no como libro de recetas. Y ¿porque el marxismo? Pues, porque el proporciona el único análisis profundo y las únicas experiencias prácticas que han puesto al capitalismo sobre las cuerdas. ■

LUCHA DE IDEAS

INMIGRACIÓN, CAPITAL Y LUCHA IDEOLÓGICA EN EL NEOLIBERALISMO ACTUAL.

Por Alberto Álvarez Franco



La cuestión migratoria se ha convertido en uno de los grandes campos de batalla ideológicos de nuestro tiempo. Gobiernos, partidos y medios de comunicación presentan el debate sobre la inmigración como una confrontación entre modelos de sociedad incompatibles: apertura frente a cierre, tolerancia frente a intolerancia, multiculturalismo frente a identidad nacional. Sin embargo, detrás del enfrentamiento político y emocional se esconde una realidad mucho más prosaica: las políticas migratorias terminan adaptándose, antes o después, a las necesidades del proceso de desarrollo capitalista.

El capitalismo necesita permanentemente un equilibrio inestable entre dos exigencias contradictorias. Por una parte, necesita trabajadores con salarios suficientes para consumir las mercancías que produce. Por otra necesita una oferta abundante de mano de obra que limite las reivindicaciones salariales y permita mantener la rentabilidad del capital.

Marx habló de “ejército industrial de reserva”: una masa de trabajadores disponibles cuya existencia ejerce presión sobre las condiciones laborales y sobre el poder negociador del conjunto

de la clase trabajadora.

En el capitalismo contemporáneo, la inmigración constituye uno de los mecanismos mediante los cuales ese ejército de reserva se amplía y se reorganiza a escala internacional.

La agricultura intensiva, la construcción, la hostelería, el transporte, la logística, los cuidados o determinados servicios dependen cada vez más de mano de obra inmigrante.

El envejecimiento demográfico de las sociedades occidentales hace que esa necesidad se haya

vuelto estructural y no coyuntural.

Por otra parte, la baja natalidad en España y en buena parte de Europa suele atribuirse a las dificultades de acceso a la vivienda, la precariedad laboral o los bajos salarios. Siendo cierta esa afirmación, la mayor fecundi-

embargo, las propias políticas económicas que defienden generan la necesidad de una oferta abundante de mano de obra y, por tanto, de flujos migratorios continuos

En muchas democracias, las propuestas antiinmigratorias cumplen una importante función de

Una parte muy importante de la emigración española hacia Europa en los años sesenta no partía con un contrato de trabajo. Miles de españoles llegaban a Francia, Alemania o Suiza y encontraban empleo una vez allí, regularizando posteriormente su situación.

Mayor o menor inmigración siempre se ajusta al mercado de trabajo. Y a la vez este tiene relación con momentos de conquistas sociales de los trabajadores, o momentos de retroceso.

En Estados Unidos, las diferencias entre las administraciones demócratas y republicanas han sido mucho mayores en el terreno simbólico,

discursivo y teatral que en la estructura económica de la inmigración. Han cambiado los discursos, la escenografía, los procedimientos administrativos y los criterios de admisión, pero la economía estadounidense ha seguido dependiendo de millones de trabajadores extranjeros en sectores esenciales para su funcionamiento.

En Italia, los gobiernos de ultraderecha han endurecido el discurso político mientras aprobaban simultáneamente contingentes de trabajadores extranjeros para cubrir necesidades empresariales.

En Polonia, el PIS uno de los gobiernos europeos de extrema-derecha más identificados con posiciones antiinmigratorias presidió, paradójicamente, uno de los mayores incrementos de trabajadores extranjeros



dad de buena parte de la población inmigrante -pese a soportar peores condiciones de vida-, no puede explicarse únicamente a factores materiales directos, sino a la interacción entre las condiciones económicas y distintos modelos culturales y familiares, que influyen tanto en la edad esperada de emancipación como en la incorporación a la vida laboral.

Es precisamente aquí donde aparece la contradicción fundamental de las nuevas derechas nacionales y sus familiares neofascistas y conservadoras.

Esos partidos que defienden la reducción de impuestos al capital, la liberalización económica, la flexibilidad laboral y la disminución de la intervención estatal presentan simultáneamente la inmigración como la principal amenaza para la nación. Sin

movilización electoral dirigidos a atraer el voto de clases medias y sectores situados en los márgenes sociales, con escasa formación o muy precarizados.

Eso contrasta con que las propuestas políticas antiinmigratorias -en realidad- no siempre responden a intereses económicos directos de la fracción dominante del capital. De hecho, en Italia en número de inmigrantes ha aumentado en 400.000 personas desde que gobierna la ultraderecha de Georgia Meloni; cuestión que no se exhibe tanto como el centro de retorno para inmigrantes que Meloni está instalando en Albania.

La distinción reciente entre inmigrantes legales e ilegales se ha convertido en una cortina de humo que oscurece el debate sobre inmigración, y por tanto sobre el mercado de trabajo.

de toda Europa a partir del año 2015. Es decir, el Gobierno de PiS diferenciaba claramente entre: **la inmigración laboral**, que necesitaba la economía polaca; y **la inmigración por asilo o los sistemas de reparto de refugiados impulsados de la UE**, que rechazaba frontalmente.

La realidad económica terminó imponiéndose sobre la retórica electoral.

La inmigración se convierte así en una bandera ideológica destinada a movilizar sectores sociales descontentos, mientras las

necesidades del capital delimitan el margen real de actuación de cualquier gobierno.

Pero la contradicción no afecta únicamente a la derecha.

Las fuerzas progresistas y socialdemócratas presentan frecuentemente la inmigración como una cuestión fundamentalmente humanitaria y moral. El lenguaje de los derechos humanos, la diversidad y la inclusión ocupa el lugar central del discurso. Pero eso también oculta el papel económico que desempeña la inmigración dentro

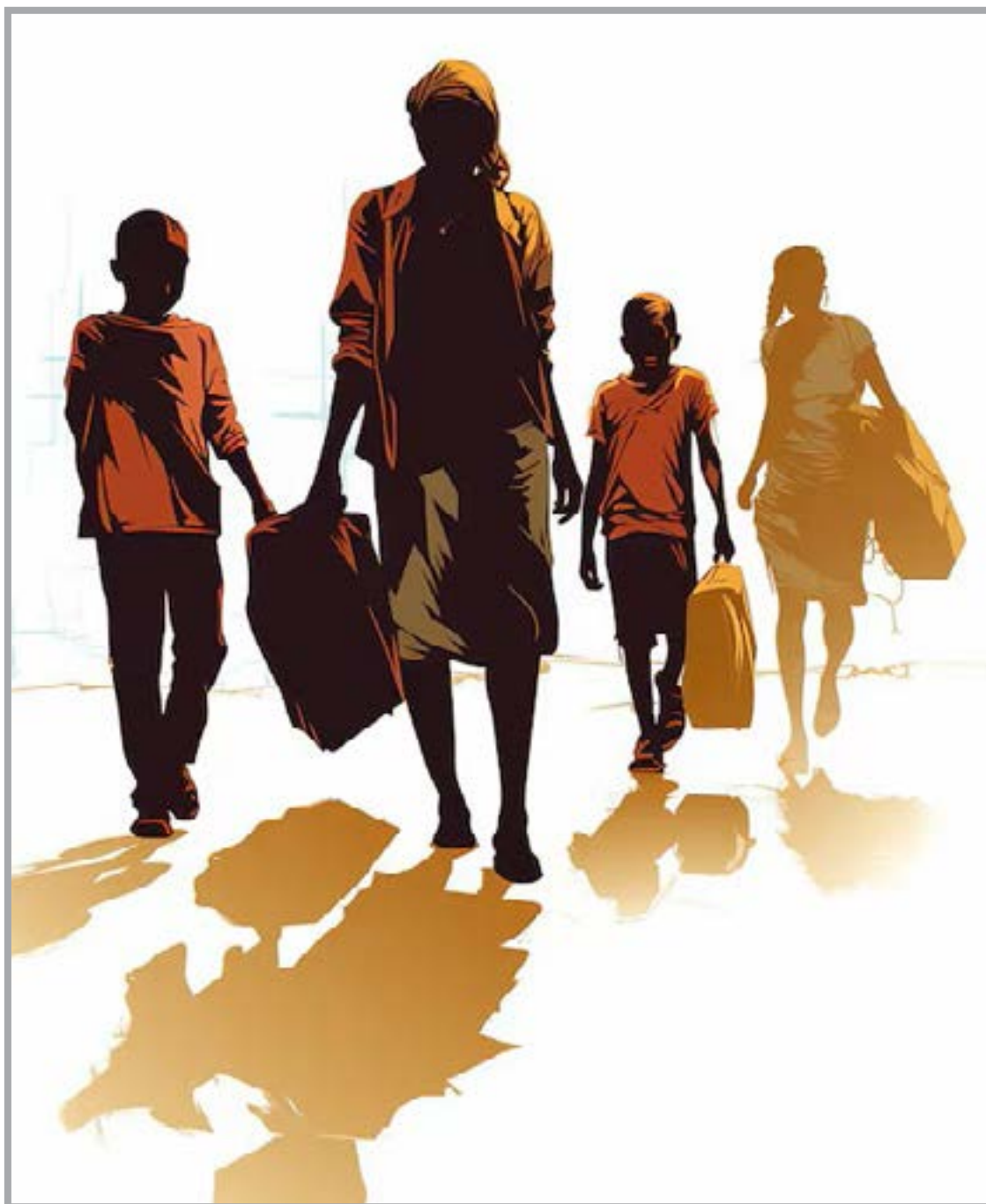
del funcionamiento del mercado laboral capitalista. Últimamente, algunas izquierdas insisten una y otra vez en la importancia de la inmigración para mantener el sistema de pensiones.

La diferencia principal diferencia entre unos y otros reside en cómo se legitima o encubre la inmigración.

Mientras unos justifican la inmigración mediante las necesidades empresariales y la competitividad, otros la justifican mediante valores humanitarios y democráticos. Pero en ambos

casos la realidad material permanece esencialmente intacta.

Si la economía continúa necesitando trabajadores, o se quiere evitar subidas salariales, el Estado continúa facilitando la incorporación de inmigrantes al mercado laboral. Por el contrario, si la economía se desploma -como ocurrió a partir del año 2008- no solo disminuye la inmigración, es que también el Estado procura desprenderse de inmigrantes. En aquellos años, tanto el gobierno de Rodríguez Zapatero, como de Mariano Rajoy impusieron mayor control a la inmigración irregular, adelantaron en un solo cobro las





La emigración española. La generación de la posguerra, 50 años después

prestaciones por desempleo a los inmigrantes que volvían a su país firmando no volver en años. Mariano Rajoy redujo el acceso a la Sanidad Pública a inmigrantes en situación irregular.

La supuesta confrontación entre modelos irreconciliables aparece entonces bajo una luz distinta: no se trata de proyectos económicos opuestos sino de diferentes formas de gestionar y legitimar un mismo sistema

productivo en coyunturas económicas cambiantes.

También merece atención el fenómeno de empresarios que se unen a la ultraderecha lanzando discursos restrictivos o directamente racistas sobre inmigración, cuando emplean masivamente inmigrantes ilegales.

Su punto de partida de rechazo a la inmigración contiene un elemento de verdad: una ofer-

ta abundante de mano de obra puede contribuir a la bajada de salarios y debilitar la capacidad negociadora de determinados sectores laborales.

Pero el razonamiento introduce una importante inversión de responsabilidades.

La presión a la baja sobre los salarios deja de atribuirse a la ausencia de capacidad organizativa para presionar sobre el capital

y se traslada hacia el trabajador inmigrante, que pasa a ser presentado como competidor y no como miembro de la misma clase social.

La contradicción capital-trabajo es sustituida por una contradicción entre trabajadores nacionales y trabajadores extranjeros.

Desde una perspectiva marxista clásica, este desplazamiento constituye una de las formas más eficaces de fragmentación de la conciencia de clase.

La competencia entre trabajadores de distintos orígenes permite precisamente reforzar la posición negociadora del capital y debilitar las formas de organización colectiva.

La historia del capitalismo muestra que la división entre trabajadores nacionales y extranjeros, entre trabajadores fijos y precarios, entre hombres y mujeres o entre trabajadores cualificados y no cualificados ha constituido uno de los instrumentos fundamentales para limitar la unidad política de la clase trabajadora. Los sectores ideológicos alineados con la extrema derecha desplazan el conflicto desde la relación entre capital y trabajo hacia el enfrentamiento entre sectores de la propia clase trabajadora.

La paradoja del debate contemporáneo sobre inmigración es que tanto la derecha identitaria, como la neofascista y determinadas corrientes de izquierda institucional terminan aceptando implícitamente el mismo marco económico capitalista

La discusión se desplaza hacia quién debe competir por los empleos, mientras permanece fuera del debate la cuestión central: quién controla la producción, la



distribución de la riqueza y las decisiones fundamentales de la economía.

La inmigración aparece, así como uno de los grandes escenarios ideológicos del capitalismo contemporáneo.

La derecha promete restricciones migratorias que son incompatibles con las necesidades de acumulación del capital en momentos de bonanza económica, y de necesidades inciertas todavía con el desarrollo de las nuevas tecnologías.

La izquierda institucional reviste de lenguaje humanitario su discurso público, pero finalmente se adapta a esas mismas necesi-

dades del capital. Mientras tanto, el sistema económico continúa funcionando sobre bases que apenas son cuestionadas.

Existe además un elemento particularmente significativo en el momento político actual: la creciente capacidad de determinadas organizaciones neofascistas para atraer a sectores juveniles descontentos mediante explicaciones simples a problemas extraordinariamente complejos.

Por la derecha, partidos como Vox presentan la inmigración como una de las causas fundamentales de la precariedad laboral, la crisis de la vivienda o el deterioro de determinados servicios públicos. Sin embargo,



Vox reivindica a los trabajadores

esta explicación entra en contradicción con el propio programa económico liberal que defienden.

La reducción del papel económico del Estado, la flexibilización del mercado laboral, la disminución de impuestos al capital y la desregulación económica no conducen a una menor necesidad de mano de obra inmigrante, sino precisamente a lo contrario: aumentan la dependencia del sistema productivo respecto de amplias bolsas de trabajadores dispuestos a aceptar condiciones laborales más precarias o salarios relativamente bajos.

Pero la contradicción tampoco desaparece en determinadas organizaciones que se reclaman de la izquierda radical y que han hecho de la crítica a la inmigración uno de sus principales instrumentos de crecimiento político, como ocurre con el Frente Obrero.

El resultado es que, al igual que la ultraderecha, transforma el conflicto fundamental entre capital y trabajo en un conflicto entre trabajadores nacionales y

trabajadores extranjeros.

Desde una perspectiva marxista, esta sustitución del adversario principal por un competidor inmediato constituye precisamente una de las formas más eficaces de dominación ideológica. El trabajador inmigrante deja de aparecer como parte del mismo ejército asalariado sometido a relaciones de explotación semejantes y pasa a convertirse en el responsable visible de problemas cuyas causas se encuentran en la organización del sistema productivo y en la distribución del poder económico.

La consecuencia práctica es paradójica: discursos aparentemente opuestos terminan contribuyendo al mismo resultado político, la fragmentación de la conciencia y de la organización de la clase trabajadora en función del origen nacional, cultural o étnico de sus integrantes.

Probablemente esta sea una de las razones que explican el éxito creciente de estos discursos entre sectores juveniles golpeados por la precariedad, el encarecimiento de la vivienda y la

incertidumbre sobre el futuro. Cuando desaparecen los grandes proyectos colectivos y las explicaciones estructurales de los problemas sociales, las soluciones simples y los adversarios visibles adquieren una enorme capacidad de atracción política.

Es por eso por lo que no cabe considerar al Frente Obrero en España, ni al partido de Sahra Wagenknecht, en Alemania o al partido Socialdemócrata de Dinamarca como potenciales aliados de una propuesta revolucionaria. La razón se encuentra en que, aunque algunos colateralmente hablen de ruptura con el sistema, y hagan suya la defensa del estado del bienestar -cosa que también dice la ultraderecha de Reagrupamiento Nacional de Marine Le Pen-, en realidad ponen el acento en cuestiones desmoralizadoras y divisionistas para los trabajadores en su conjunto.

No corresponde a ningún partido de los trabajadores solucionar las contradicciones internas del capitalismo, sino defender los intereses de la clase obrera en su conjunto. ■

REFLEXIONES

ALGUNAS CUESTIONES PREOCUPANTES



Por Xilef Zeid



Nunca he votado al Partido Socialista ni creo que en el futuro lo haga, pero es conveniente poner las cosas en su sitio y, a fecha de hoy, analizando la actualidad política en España, es muy triste, por no decir otra cosa.

Los jueces parece que son los que mandan, independientemente de aplicar justicia. Lo que estamos viendo con los últimos juicios y los acontecimientos recientes parece una especie de *vendetta* contra el Gobierno actual, sin tener en cuenta motivaciones jurídicas o de derecho. Así es como el fiscal general del Es-

tado fue juzgado por el Supremo —aunque antes ya había sucedido lo mismo con los políticos del *procés*, que con apenas pruebas fueron condenados a larguísimas penas —.

El fiscal general del Estado ha sido condenado sin tener en cuenta las declaraciones de los testigos ni tampoco los hechos donde se reconoce que no se sabe quién fue el que filtró los correos; aun así, la sentencia se contradice a sí misma.

Luego tenemos otros juicios muy recientes, como los de Koldo y

Ábalos, juzgados por el Supremo cuando ni Koldo ni Aldama eran en ese momento personas aforadas, lo que les resta la posibilidad de apelar a una instancia superior. Curiosamente Aldama, el corruptor confeso, queda libre y se queda con todo el dinero. Resultan aún más sangrantes las declaraciones del coronel Balas —nada sospechoso de ser un gran defensor

del Gobierno—, quien dijo que Aldama nada había aportado y que la UCO ya tenía en sus informes lo que pudiera decir el acusado.

La condena, sobre todo al exministro Ábalos, suena más a venganza que a justicia, ya que se le impone una pena superior a la de algunos delitos de asesinato, mientras que el corruptor, que es el que debería ir a la cárcel, se libra de cualquier pena y solo tiene que hacer servicios a la comunidad, mientras se sigue embolsando 3,7 millones de euros



que esperamos que la Agencia Tributaria le reclame con los correspondientes impuestos.

El Parlamento español se ha convertido en un circo donde da igual la verdad y donde vemos que existe de todo menos buenos parlamentarios: gente que va allí con su papelito preparado para leer. Pero no solo eso: no nos dicen cuál es su proyecto político ni qué es lo que van a hacer si llegan al gobierno. Nos referimos a la extrema derecha del Partido Popular y Vox; porque, aunque nos cueste creerlo, el PP se ha convertido en comparsa de Vox, aceptando absolutamente todo con tal de gobernar. Lo único que hacen es acusar al contrario de una forma ruin y baja, metiéndose con sus familiares y enviándolos a los jueces para que los juzguen por delitos que tal vez hayan cometido o no, pero que en la mayoría de los casos no están justificados.

Esperemos que el Partido Popular y la extrema derecha de Vox no lleguen nunca a gobernar,

porque esto es un aviso a navegantes (aunque también lo es lo del señor Aldama: si has delinquido y vas a tirar de la manta, te quedas con el dinerito).



A la cárcel van, según dijo en su día Lesmes, expresidente del Consejo General del Poder Judicial (CGPJ), «los roba gallinas», pues «la ley procesal está hecha para el roba gallinas, no para el defraudador». Los demás, hayan hecho o no, salen indemnes,

y aquí paz y después gloria, porque a los jueces no se les puede criticar. Pero a lo que me refiero es a lo que supondría un Gobierno de derecha y extrema derecha si ganan las próximas elecciones: el Partido Popular necesitará a Vox para tener una mayoría holgada.

No me duelen prendas en decir que VOX es un partido fascista. Estaremos al borde de perder todo lo que nos ha costado ganar en muchísimos años: las pensiones estarán

en riesgo, pero no porque no se puedan pagar —pues siempre se pueden sacar partidas nuevas para abonarlas—. La pensión no es caridad ni una paguita, como

la extrema derecha nos quiere hacer creer, sino un derecho que los trabajadores van acumulando a lo largo de su vida laboral. Y será fácil apreciar cómo, mientras quieren congelar o quitar las pensiones, privatizar la sanidad y la educación y eliminar un sinnúmero de derechos adquiridos, ya sabemos que prohibirán el aborto, lo que me retrotrae a

días mucho más tristes y grises. Eso sí, para los políticos nunca falta dinero a la hora de subirse los sueldos y para otros muchos menesteres que no son en absoluto necesarios.

Como iba diciendo, están en pe-

ligro las pensiones, la sanidad, la educación pública, el acceso a la vivienda y otras muchas cuestiones que pagarán las clases más humildes. Sin embargo, estas clases —los “pobres fachas”— parece que no son conscientes de que votan y alzan al poder a sus propios enemigos de clase. Pienso que no están viviendo la realidad que otros sí vivimos: te dicen que van a votar a Vox, que los inmigrantes vienen a delinquir y a quitarnos el trabajo (trabajo que, por cierto, ellos no quieren hacer), y un largo etcétera.

Sucede que hoy seguimos conviviendo con estamentos en la judicatura, el Ejército y otros ámbitos que continúan siendo los mismos de la dictadura franquista; si no los titulares de entonces, sus hijos y nietos, que no han cambiado de bando ni de forma de pensar. Y, si se me apura, diría que cada uno que llega al poder procura hacer lo que puede, que no es lo que los ciudadanos queremos.

El Partido Socialista, con todo el tiempo que ha tenido, no ha abolido todavía la *Ley Mordaza*, entre otras muchas cuestiones. En fin, esperamos que en un futuro no muy lejano podamos seguir gozando de un Estado de derecho con pensiones públicas revalorizadas cada año, con una sanidad pública dotada de buenos profesionales u hospitales equipados, y con una enseñanza digna —no la

Trump habla mucho, pero en realidad Netanyahu hace lo que le da la gana sin hacer caso de lo que el presidente de los Estados Unidos pueda decir: él va a lo suyo, a construir «el Gran Israel» cueste lo que cueste y a pesar de los muertos (da igual un millón que quince millones). Lo que pretende es quitarse de encima a sus vecinos y anexionarse esos territorios. Precisamente por ello bombardea el sur del Líbano y sigue bombardeando y asesinando en la Franja de Gaza, para quedarse con más territorio con la excusa de que Hizbolá les pueda enviar misiles.

Por cierto, Hizbolá no es un grupo terrorista en sí mismo; son la Unión Europea, Estados Unidos y unos cuantos países más los que dictan quién es terrorista y quién no. Porque el mayor terrorista que hay en estos momentos en el mundo es el señor Netanyahu e Israel, aunque también se le podría acusar de terrorismo al presidente Trump, que hace lo que le viene en gana según cómo se haya levantado. Así seguimos, en un mundo cada vez más inseguro y con menos perspectivas de un futuro feliz.

Respecto a la guerra de Ucrania, a Zelensky le da igual; no se sabe cuántos jóvenes le quedan, seguro que muy pocos. La guerra continúa a base de soldados de fortuna (mercenarios), drones y la ayuda de Europa, cuando hace años que debería haber acabado. Nadie gana nada, ni Rusia ni Ucrania, pero todos sabemos que Rusia le pegará un buen bocado al país y se quedará con el Dombás y toda la parte este, sin que le importe que la contienda dure 5 o 50 años.



vergüenza que tenemos ahora, como se vio en el artículo que publicamos sobre los profesores de la Comunidad Valenciana—.

En el plano internacional no estamos mucho mejor.

Más cosas podríamos analizar. Podríamos tirarnos hablando todo un año de la penosa realidad de la llamada izquierda, pero de eso hablaré en otra ocasión. Hay muchos que se creen de izquierdas, diciendo que ellos fueron los que lucharon

más que nadie y repartiendo carnés de izquierdismo y de buenos luchadores por las libertades y las mejoras sociales.■

ANÁLISIS INTERNACIONAL

LA DIVISIÓN DEL COMUNISMO INTERNACIONAL EN EL SIGLO XXI

Por Roque Álvarez



La desaparición de la Unión Soviética fue interpretada durante los años noventa por numerosos analistas como el final definitivo del movimiento comunista internacional. Sin embargo, lejos de desaparecer, el comunismo sobrevivió, aunque privado del centro político e ideológico que

durante décadas había representado la Unión Soviética.

Durante buena parte del siglo XX la principal división del movimiento comunista mundial había girado en torno a la denominada ruptura chino-soviética. Desde comienzos de los años se-

senta, partidos y organizaciones de todo el mundo se alinearon, con mayor o menor intensidad, alrededor de dos grandes referencias internacionales: la soviética y la china.

Los partidos pro-soviéticos defendían, en términos generales,



la coexistencia pacífica, la posibilidad de vías parlamentarias al socialismo (aunque no siempre) y el papel dirigente de la Unión Soviética dentro del campo socialista mundial. Todos los partidos comunistas de Occidente se alinearon en términos generales con las tesis de Moscú, a excepción de Albania, que hasta 1976-1978 tomó partido por el Partido Comunista Chino.

Los partidos pro-chinos acusaban a Moscú de revisionismo, de haber restaurado progresivamente relaciones capitalistas y de abandonar los principios revolucionarios del marxismo-leninismo.

Si nos centramos en los **partidos importantes** (no en pequeños grupos), los principales partidos alineados con China en Asia fueron los siguientes: el partido Comunista de Indonesia (tras el golpe de Estado de 1965 fue destruido con una represión que se estima cercana millón de co-

munistas); el Partido Comunista de Birmania (lanzado a la lucha armada entonces), ahora sigue existiendo clandestinamente pero sin la fuerza de aquellos años; el Partido Comunista de Tailandia, que corrió la misma suerte; el Partido Comunista de Filipinas sigue manteniendo la guerrilla a la vez que utiliza organizaciones legalizadas.

En India el movimiento comunista se dividió entre prosoviéticos y maoístas. Mientras descendientes de los primeros han gobernado o gobiernan Estados de la India, los herederos de los segundos: el Partido Comunista de la India (maoísta) mantiene una guerrilla insurgente en la actualidad. En América Latina surgieron organizaciones maoístas, escindidas de los Partidos Comunistas tradicionales, y con menor peso en Europa, salvo en España y Portugal, por la existencia de dictaduras. En estos últimos países el PTE, la ORT, y el MC, así como el MPD

en Portugal, llegaron a convertirse durante los años setenta en verdaderos partidos de masas y el PCE (ml)-FRAP adquirió relevancia internacional. Tras la muerte de Mao y el ascenso de Deng Xiaoping algunos de estos partidos rompieron con China y tomaron como referencia la Albania de *Enver Hoxha*. Se reúnen y organizan internacionalmente en la CIPOML (Conferencia Internacional de Partidos y Organizaciones Marxista-Leninistas). Por su parte los maoístas no mantienen una coordinación tan estable. La tuvieron en su día influidos parcialmente por el crecimiento de Sendero Luminoso en Perú, y El partido Comunista de la India (maoísta) y el Partido Comunista de Filipinas, pero la vía emprendida por el Partido Comunista de Nepal (maoísta) contribuyó a dinamitarla.

Por otra parte, desde 1998 la mayoría de los partidos Comunistas más importantes del mundo -estén o no estén al

frente de los gobiernos- se reúnen anualmente en el llamado *Encuentro Internacional de Partidos Comunistas y Obreros*. En él participan el Partido Comunista de China, el Partido Comunista de Cuba, el Partido Comunista de Vietnam, el KKE griego, el PCP portugués, el Partido de Trabajo de Bélgica (aunque tenga orígenes maoístas), El Partido Comunista Sudafricano, el de Laos y muchos otros muchos partidos

Por su parte la guerra de Ucrania ha puesto de manifiesto la existencia de una nueva fractura ideológica que atraviesa prácticamente a todas las familias comunistas, incluidas organizaciones que comparten análisis similares sobre el capitalismo contemporáneo.

Aparcado el debate sobre la vía china y vietnamita al socialismo, el punto de partida suele ser co-

rándose en los análisis de Lenin sobre la Primera Guerra Mundial. Considera que la tarea de los comunistas consiste en mantener una posición independiente frente a ambos bloques y rechazar cualquier alineamiento con los intereses de las respectivas burguesías nacionales.

Desde esta perspectiva, la ampliación de la OTAN y la intervención rusa forman parte de una

misma lógica de competencia entre imperialismos y la función del movimiento obrero consiste precisamente en evitar quedar subordinado a cualquiera de ellos. Esta posición defendida por el Partido Comunista de Grecia (KKE) se alinea con los partidos que pertenecen al CIPOML y en cierta forma, con parte de las corrientes trotskistas, pues hay otras que se pronuncian directamente por el apoyo al gobierno ucraniano.



comunistas con posiciones muy diferentes sobre la economía de mercado o la estrategia socialista. La guerra de Ucrania ha provocado una división ideológica en sus filas.

Excluyendo a los trotskistas, durante décadas aquella primera fractura de los años sesenta del siglo pasado estructuró gran parte de los debates estratégicos del comunismo internacional.

Pero la desaparición de la URSS y la transformación de China en una economía fuertemente integrada en los mercados mundiales no eliminó las divisiones, sino que las transformó.

¿Y AHORA?

mún: la Rusia actual es considerada, por la inmensa mayoría de las corrientes comunistas, como una sociedad oficial y legalmente capitalista, aunque existan importantes sectores estatales y mecanismos de intervención pública heredados de la etapa soviética.

Pero la discrepancia aparece cuando se intenta determinar el carácter del conflicto en Ucrania y, sobre todo, cuál es la contradicción principal del sistema internacional contemporáneo.

Una primera corriente interpreta la Guerra de Ucrania como un enfrentamiento entre potencias capitalistas rivales por áreas de influencia, recursos estratégicos y posiciones geopolíticas. Inspi-

Una segunda corriente, sin negar el carácter capitalista del Estado ruso, considera que la contradicción principal en el momento histórico actual no se sitúa entre potencias capitalistas equivalentes, sino entre la hegemonía mundial del bloque atlántico encabezado por Estados Unidos y el surgimiento de un orden internacional multipolar.

Según esta interpretación, la expansión de la OTAN hacia el este europeo desde la desaparición de la URSS constituye un elemento central para comprender el conflicto y la resistencia rusa aparece, al menos parcialmente, como una reacción frente a un proceso prolongado de presión militar, intentos de cuartear Rusia.



Desde este punto de vista, una derrota estratégica del bloque atlántico contribuiría a debilitar el principal centro del poder imperial mundial y abriría mayores márgenes de maniobra para países periféricos y movimientos de emancipación nacional y social, además de despejar el camino para revoluciones de carácter directamente socialistas.

La discusión, por tanto, no gira únicamente sobre la naturaleza del capitalismo ruso ni sobre las responsabilidades inmediatas del conflicto, sino sobre una cuestión mucho más profunda: cuál es la contradicción principal del capitalismo mundial en el siglo XXI y qué estrategia debe adoptar el movimiento comunista ante ella.

La cuestión posee además una relevancia práctica.

Dependiendo de la respuesta, cambian las alianzas tácticas, la

valoración de determinados gobiernos y la propia interpretación del internacionalismo proletario.

No se trata únicamente de un debate sobre Ucrania, sino sobre el significado contemporáneo del antimperialismo y sobre el lugar que deben ocupar los comunistas en un mundo caracterizado por un imperialismo en crisis y la transición desde la hegemonía unipolar estadounidense hacia formas todavía inciertas de una multipolaridad.

Todo en su conjunto condiciona las alianzas. Quienes consideran -por ejemplo- que Estados Unidos es el enemigo número uno a abatir, minimizan el carácter capitalista y represor del régimen iraní, y ponen el acento en lo valiosa que es su resistencia frente a EE. UU. e Israel. Y quienes sostienen que la guerra de Ucrania es una guerra entre potencias imperialistas mantienen

que el movimiento comunista debe conservar siempre su independencia política y no otorgar apoyo a gobiernos capitalistas o reaccionarios, aunque éstos entren en conflicto con Estados Unidos

Una vez más, el problema fundamental no consiste solamente en identificar al adversario inmediato, sino en determinar cuál es la contradicción principal de la época y cuáles son las tareas históricas que de ella se derivan para el movimiento revolucionario internacional.

Y precisamente en torno a esta cuestión continúan apareciendo nuevos elementos de debate que probablemente configurarán las futuras divisiones o reagrupamientos del comunismo internacional durante las próximas décadas.■

DEBATE POLÍTICO

LAS CONTRADICCIONES PRINCIPALES CAMBIAN

Por Zache.

EN CADA COYUNTURA HISTÓRICA, LA LUCHA DE CLASES PERMANECE.



Una de las mayores simplificaciones del debate político contemporáneo consiste en suponer que la historia está impulsada siempre por una única contradicción inmutable y en particular en el modo de producción capitalista. Sin embargo, la experiencia histórica parece mostrar precisamente lo contrario: las contradicciones principales alrededor de las cuales se ordenan y subordinan las demás, cambian con las épocas y con el propio desarrollo de las sociedades y del capitalismo en particular.

Esto no significa que desaparezcan las contradicciones anteriores: pueblos oprimidos-imperialismo, contradicciones Inter capitalistas, capitalismo-socialismo y clase obrera-burguesía. Significa simplemente que, en determinados momentos históricos, una de ellas pasa a ocupar el

centro del escenario y condiciona el desarrollo del resto.

A comienzos del siglo XX, y particularmente en 1914, la contradicción principal era la existente entre las grandes potencias imperialistas en disputa por mercados, colonias, materias primas y zonas de influencia. La Primera Guerra Mundial fue la expresión más brutal de aquella rivalidad entre imperios capitalistas en expansión.

La Revolución Rusa de 1917 alteró profundamente aquel panorama histórico. Durante los años posteriores, la contradicción principal pasó a ser el enfrentamiento entre la revolución obrera y el capitalismo internacional. Los intentos revoluciona-



rios en Alemania, Hungría y otros países europeos, así como la intervención militar extranjera contra la Rusia soviética, reflejaban aquella nueva realidad histórica. Esa contradicción disputó su papel principal a las contradicciones Inter capitalistas hasta el estallido de la Segunda Guerra Mundial. De hecho, la anexión de Austria por Alemania, la invasión de Checoslovaquia, o el Pacto de Múnich demostraron que las contradicciones Inter capitalistas se amortiguaban debido a la contradicción clase obrera-burguesía, o su variante *países capitalistas-países socialistas* (en aquellos momentos solo la URSS). La invasión de Polonia en 1939 y el estallido de la II Guerra Mundial colocó en primer plano las contradicciones Inter capitalistas. Estas últimas adquirieron una forma particular cuando Alemania invadió la URSS y el País de los Soviets formó un bloque antifascista con países capitalistas democráticos.

Tras la Segunda Guerra Mundial y el comienzo del proceso de descolonización, el centro de gravedad volvió a desplazarse. La contradicción principal pasó a ser la existente entre el imperialismo y los pueblos sometidos al dominio colonial o semicolonial. Durante varias décadas, los movimientos de liberación nacional se convirtieron en el principal motor de las transformaciones políticas en

amplias regiones de Asia, África y América Latina. Contradicción que fue la principal en aquella época, pero detrás de ella se proyectaban las sombras de las contradicciones entre clase obrera-burguesía y de *países capitalistas-países socialistas*

El mundo surgido tras el final de la *Guerra Fría* con la caída de los países del este europeo volvió a modificar el escenario internacional y la *contradicción pueblos oprimidos-imperialismo* se debilitó por la casi desaparición de la contradicción *países socialistas-países capitalistas*. Pero siguió siendo la contradicción principal que marcaba el paso al resto de contradicciones. Al contrario de lo que se decía, la caída de la URSS no trajo un mundo en paz, sino todo lo contrario: Desintegración de Yugoslavia; intervención de la OTAN en Bosnia y Kosovo, Guerra de Afganistán, Guerra de Irak, Intervención militar de la OTAN en Libia y caída de Gadafi, Guerra de Siria, y continuidad de las guerras en oriente medio, Guerra de Yemen, y ello sin contar los numerosos e interminables conflictos y guerras en África en las que el imperialismo Francés tiene un papel más destacado, incluso que EEUU..

En definitiva, a partir de la descomposición de la URSS, se ha normalizado la expansión militar occidental, la utilización de sanciones económicas,

las intervenciones militares, la subordinación económica de numerosos países y la pretensión de conservar un orden internacional bajo la dirección de una única potencia ha llevado a que se active la contradicción entre el imperialismo y las naciones o Estados que intentan preservar márgenes de soberanía y autonomía política.

Desde esta perspectiva a nivel mundial la contradicción principal que se impone a las demás ya no se produciría únicamente entre clases sociales, sino, sobre todo entre la hegemonía imperial y aquellos Estados que intentan resistirla o limitarla. La contradicción clase obrera-burguesía quedaría circunscrita al ámbito interno de cada país y estaría condicionada por la *contradicción pueblos oprimidos-imperialismo*.

Pero por otra parte todo Estado constituye, en mayor o menor medida, un instrumento político a través del cual se organizan y defienden determinados intereses sociales y económicos. Ningún Estado existe por encima de las clases que lo componen ni actúa al margen de las relaciones económicas existentes en su interior.

Las contradicciones principales de cada época cambian, pero la lucha de clases permanece. Puede adoptar la forma de enfrentamiento entre burguesía y proletariado dentro de un mismo país; puede expresarse a través de luchas de liberación nacional contra potencias coloniales. puede aparecer bajo la forma de resistencia de determinados

Pero bajo todas esas formas continúa latiendo la misma realidad fundamental: la existencia de intereses sociales contrapuestos derivados de la apropiación y control de la riqueza social.

Precisamente por ello, identificar la contradicción principal de cada época no debería conducir a ignorar las demás contradicciones, sino a comprender cómo se articulan entre sí y cómo unas condicionan temporalmente el desarrollo de las otras.

Y es precisamente esa interacción entre contradicciones la que explica el movimiento real de las sociedades y de la historia.

Contradicción fundamental y contradicción principal: dos conceptos distintos

Para evitar confusiones es necesario distinguir entre dos conceptos que con frecuencia se utilizan como si fueran equivalentes y que, sin embargo, pertenecen a planos distintos del análisis: la contradicción fundamental de un modo de producción y la contradicción principal de una época histórica concreta.

La contradicción fundamental es aquella que define la naturaleza profunda del sistema económico y social existente. Por ejemplo, la contradicción fundamental del modo de producción capitalista es *clase obrera-burguesía*.

En el capitalismo esa contradicción fundamental es la existente entre capital y trabajo, entre explotadores y explotados, entre quienes se apropian del excedente social y quienes lo producen.

Es esa contradicción la que explica la existencia de clases sociales antagónicas y la que constituye el motor último de las transformaciones internas del propio sistema.

Sin embargo, la contradicción fundamental no coincide necesariamente con la contradicción principal que domina en una determinada etapa histórica.

La contradicción principal es aquel alrededor de la cual se ordenan temporalmente las demás contradicciones, condicionando



Estados frente a presiones económicas, militares o geopolíticas externas.



Soberanía versus dominio Imperial: contradicción en un momento de transición geopolítica - Pia Global

las alianzas políticas, las estrategias y las formas concretas que adopta la lucha social en cada período histórico.

En el momento presente la contradicción principal gira en torno a la oposición entre el imperialismo y aquellos Estados o naciones que intentan preservar márgenes de soberanía política, económica o militar frente a la hegemonía occidental.

Pero incluso si se acepta esta interpretación, ello no significa que la contradicción fundamental del capitalismo haya desaparecido.

La lucha entre explotadores y explotados continúa existiendo dentro de todos los Estados, incluidos aquellos que mantienen conflictos o contradicciones con las grandes potencias occidentales.

Las contradicciones principales cambian con las épocas. La contradicción fundamental del sistema permanece mientras el sistema mismo continúe existiendo.

Esta distinción permite comprender por qué determinadas alianzas históricas pueden ser necesarias en un momento concreto sin que ello implique la desaparición de los intereses de clase existentes en su interior.

¿PUEDE CAMBIAR LA CONTRADICCIÓN FUNDAMENTAL?

Pero esta reflexión conduce además a otra cuestión que probablemente ocupará una parte importante de los debates del siglo XXI.

¿Y si las futuras sociedades de clase ya no se organizan principalmente alrededor de la propiedad

jurídica privada de los medios de producción?

El desarrollo de grandes aparatos burocráticos, corporativos y tecnológicos plantea la posibilidad de formas de dominación social basadas no tanto en la propiedad formal como en el control efectivo y en la capacidad de decisión sobre los recursos productivos.

En ese escenario podría surgir una nueva contradicción fundamental entre quienes

disponen realmente de los medios de producción y de los mecanismos de planificación, gestión e información y quienes, aun sin estar formalmente explotados por propietarios privados clásicos, los trabajadores continúan excluidos del control sobre las decisiones fundamentales que afectan a la producción y a la distribución de la riqueza.

La historia del siglo XX abrió ya este debate al analizar el papel de determinadas burocracias estatales y administrativas.

El desarrollo de la inteligencia artificial, de las plataformas digitales y de nuevas formas de concentración del poder económico y tecnológico puede convertir esa discusión en una cuestión central durante las próximas décadas.

Si ello llegara a producirse, la vieja contradicción entre propiedad y trabajo podría transformarse en una nueva contradicción entre dirección, control y poder de disposición sobre los medios de producción y la mayoría trabajadora excluida de ese poder de disposición.

Lo que no desaparecería mientras existan esas relaciones de dominación (por mininas que sean) es la existencia misma de intereses sociales contrapuestos.

Y probablemente sea esa permanencia bajo formas cambiantes la auténtica continuidad de la lucha de clases a lo largo de la historia.■

DEBATE

REABRIR EL GRAN DEBATE SOBRE LA TRANSICIÓN AL SOCIALISMO.

Por José Avilés.



A comienzos de la década de 1960, pocos años después del triunfo de la Revolución Cubana, tuvo lugar uno de los debates económicos más importantes del marxismo contemporáneo. Conviene recordar que **no se trató inicialmente de un libro**, sino de una polémica desarrollada entre 1963 y 1964 a través de artículos publicados en revistas y periódicos cubanos. Posteriormente, aquellos textos fueron recopilados en distintas ediciones bajo

el título de **El Gran Debate sobre la economía en Cuba**, o **La Transición al socialismo**, o simplemente textos varios con otro nombre que se han convertido en una referencia obligada para investigar la teoría de la transición al socialismo.

Lo más llamativo de aquella discusión es que no enfrentó a partidarios y adversarios del socialismo. Todos los participantes compartían ese objetivo. Lo que discutían era una cuestión mucho más compleja: **¿cómo debía organizarse una economía que pretendía abandonar el capitalismo sin haber alcanzado todavía un nivel económico plenamente desarrollado?**

Las preguntas eran numerosas. ¿Debía mantenerse el mercado durante la transición? ¿Era compatible el cálculo económico con la construcción del socialismo? ¿Qué papel debían desempeñar los beneficios, los precios y los estímulos materiales? ¿Bastaba con nacionalizar las empresas para transformar las relaciones de producción? Más de sesenta años después, ninguna de estas cuestiones ha perdido actualidad. Al contrario, tras la caída del bloque socialista del este europeo, la reversión en Angola y Mozambique y la vía emprendida por China, Vietnam y Laos, profundizar en aquel debate se hace una necesidad.

Entre los principales participantes figuraba **Ernesto Che Guevara**, que defendía el denominado Sistema Presupuestario de Financiamiento. A su juicio, las empresas estatales no debían comportarse como unidades económicas que persiguieran beneficios, sino integrarse en un sistema único dirigido mediante la planificación central. El Che desconfiaba del mantenimiento prolongado de las categorías mercantiles heredadas del capitalismo y otorgaba una gran importancia a los estímulos morales y a la formación de una nueva conciencia socialista. Su preocupación fundamental era evitar que la lógica del mercado terminara reproduciendo

do las relaciones sociales propias del capitalismo.

Charles Bettelheim compartía el objetivo socialista, pero consideraba inevitable una transición larga y contradictoria. Defendía la necesidad de conservar determinados instrumentos de cálculo económico y de gestión empresarial mientras persistieran relaciones mercantiles. Sin embargo, su aportación más original aparecería en trabajos posteriores, cuando sostuvo que la propiedad estatal, por sí sola, no garantizaba el carácter socialista de una economía. Lo decisivo era determinar quién ejercía realmente el poder de decisión sobre los medios de producción, cómo se organizaba el proceso productivo y quién controlaba el excedente generado por la sociedad.

Desde una perspectiva trotskista, **Ernest Mandel** participó también en la discusión. Coincidió con el



Che en su crítica al burocratismo y en la necesidad de una planificación consciente de la economía, pero insistía en que la transición exigía un análisis riguroso de las leyes económicas y una amplia de-

mocracia obrera que impidiera la consolidación de nuevas capas dirigentes separadas de los trabajadores. Consideraba insuficiente confiar únicamente en la voluntad política o en los estímulos morales para resolver los problemas económicos de la transición.

Por su parte, **Carlos Rafael Rodríguez**, representante de una posición más cercana a la experiencia soviética post-stalinista, defendía que durante un largo período el socialismo podía servirse de categorías como el beneficio, los precios, la rentabilidad o los incentivos materiales sin que ello implicara necesariamente una restauración del capitalismo. Desde esta perspectiva, las empresas estatales debían disponer de un mayor grado de

autonomía económica dentro del sistema de planificación.

En torno a este debate gravitaron también otros economistas marxistas de gran prestigio internacional, entre ellos **Paul Sweezy**, cuyas reflexiones sobre la transición al socialismo influyeron en la discusión y ampliaron posteriormente muchas de las cuestiones planteadas en Cuba. Aunque sus posiciones presentaban matices propios, compartía la preocupación por combinar planificación económica y eficacia productiva sin caer ni en el espontaneísmo del mercado ni en un burocratismo paralizante.

Con el paso de los años, el interés por aquella polémica fue disminuyendo, en parte debido a la evolución de Cuba, al giro económico emprendido por China tras las reformas de Deng Xiaoping y, posteriormente, al derrumbe de la Unión Soviética. Sin embargo, las preguntas formuladas entonces continúan abiertas.

La experiencia china, el debate sobre el papel del mercado en las economías socialistas, la relación entre planificación y eficiencia, o la aparición de nuevas formas de dirección empresarial en empresas formalmente públicas vuelven a situar sobre la mesa problemas que ya fueron discutidos hace más de seis décadas.

Quizá la cuestión más sugerente sea la planteada por Bettelheim en sus trabajos posteriores: **¿basta la propiedad estatal para hablar de socialismo, o es necesario analizar quién dispone realmente del poder de decisión y disposición sobre los medios de producción?** Dicho de otro modo, ¿pueden surgir nuevas relaciones de dominación económica, aunque desaparezca la propiedad privada tradicional?

Reabrir hoy aquel debate no constituye un ejercicio de nostalgia intelectual. Al contrario, significa recuperar una discusión que quedó interrumpida antes de encontrar respuestas definitivas. Las transformaciones experimentadas por China, Vietnam, Cuba e incluso por el capitalismo contemporáneo muestran que muchos de los interrogantes planteados en los años sesenta siguen esperando una respuesta convincente. Precisamente por ello, volver a leer a aquellos autores no debería servir para repetir sus conclusiones, sino para continuar una investigación teórica que permanece inacabada. ■



www.partidodeltrabajo.es

**UNETE A NOSOTROS PARA PODER ACTUAR
EN LA SOCIEDAD MEDIANTE INICIATIVAS QUE
PROPORCIONEN A LOS CIUDADANOS UNA MEJOR
CALIDAD DE VIDA Y DEFIENDA LO LOGRADO**



“

El Partido del Trabajo Unificado (PTU) es una formación política española, principalmente activa en la Comunidad Valenciana. A menudo se le identifica por participar en diversas plataformas y coaliciones electorales de ámbito regional e impulsar distintas iniciativas y movilizaciones sociales en la región

PALESTINA LIBRE



La lucha del pueblo palestino sigue, por eso La UNIÓN del PUEBLO seguirá reivindicando un estado palestino y el fin del genocidio en Gaza, Cisjordania y Libano.

No olvidamos el genocidio del pueblo palestino y seguiremos reivindicando su derecho a existir y a tener un estado propio.